

AINGERU EPALTZA

Cazadores de tigres

Traducción:
AINGERU EPALTZA



I. El sueño	11
II. El sueño del tigre	45
III. El sueño del tigre negro	81
IV. Despertar	113

Cazadores de tigres

El sueño

Martín se despertó bañado en sudor. Una garra invisible y pegajosa había hecho presa en su cuerpo y se resistía a soltarlo. Algo que no le ocurría jamás.

Es cierto que, aun sin haber amanecido, el calor era insostenible dentro del barracón. Más cierto todavía que el hecho de estar suspendido de la hamaca lo alejaba del tenue frescor del suelo. Con todo, no era suficiente razón. Martín llevaba ya cinco años en Venezuela y no le había costado esfuerzo alguno aclimatarse al irrespirable ambiente de la estación húmeda, asfixiante hasta en horas nocturnas. Tanto en Caracas como en Maracaibo, en Ciudad Bolívar o en este olvidado Pariguán, ello le había granjeado la admiración de todos los sofocados compatriotas con los que aquí y allá había tenido ocasión de encontrarse.

—Yo, a punto de derretirme como un bloque de hielo y tú parece que ni notas el calor. Un día de estos me tendrás que contar tu secreto —le repetiría una y otra vez Demetrio Kortabarría en diciembre del 39.

Demetrio Kortabarría, un raro ejemplar de la costa vizcaína que aunaba dos atributos casi incompatibles: su profesión de marino y su lugar de nacimiento, Mendexa, población tan cercana al mar como ignorante de él. El día en que le habló

de esa forma, los dos amigos acababan de arribar a tierras americanas y recibían el homenaje del abrasador sol de La Guaira.

—Me tendrás que contar tu secreto... —le repetiría por las calles de Caracas.

No había ningún secreto. Martín no sudaba. No había más. A pesar de lo insólito que resultaba al siempre empaado Demetrio.

En cambio, cuando Martín despertó esa madrugada, el sudor se le escurría por toda la extensión de su cuerpo, una sensación tan sumamente extraña para él que, durante los primeros minutos, se concentró más en la pura incomodidad que el hecho le producía, que en el sueño que la había provocado. El sueño. Para cuando quiso darse cuenta era demasiado tarde. Donde debía haber encontrado una razón ya solo existía olvido. Uno más en el arca de los recuerdos que se apagan para siempre. No era nueva para Martín la casi completa imposibilidad de retener los sueños en la memoria una vez despierto, pero tal fenómeno nunca se le había manifestado de forma tan odiosa.

Unos rayos de luz irrumpieron entre las tablas de separación con el compartimento contiguo del barracón. Davidson, el ingeniero tejano, había comenzado ya sus actividades matutinas.

Con los ojos puestos en la techumbre apenas iluminada, Martín intentó dilucidar si, todavía sin haber amanecido, se sentía con ánimo suficiente como para encontrarse con el norteamericano. Sin embargo sentía sed, una sed como la de la tierra roja del Llano durante la estación seca. Apartó el mosquitero, se levantó de la hamaca y se enfundó los panta-

lones antes de dirigirse a la pequeña pieza que, en el extremo opuesto del barracón, hacía las veces de cocina y comedor. Caminaba descalzo, algo no especialmente recomendable en un lugar en el que habían llegado a encontrar arañas del tamaño de un puño e incluso serpientes, pero en la cabeza de Martín no había lugar ni para unas ni para otras. Necesitaba beber antes de que la sed acabara por agostarle la garganta.

En la cocina la oscuridad era completa. Encendió una vela para poder encontrar la jarra encima de la alacena y se sirvió en un vaso al que robó un trago largo. Luego alejó el recipiente de sus labios con un gesto de repugnancia. Había acabado por acostumbrarse al calor de estas latitudes, pero no al infame sabor que dejaba en la boca esa agua mil veces hervida para conjurar los embates del tifus. Asqueado, recordó que, en el mejor de los casos, deberían esperar todavía otra semana hasta la llegada del próximo cargamento de agua embotellada que Davidson hacía traer desde los mismos Estados Unidos. Volvió a beber.

Sus oídos extrañaron de pronto la ausencia de un sonido familiar. Acercándose a la ventana, el negro silencio exterior le confirmó que había dejado de llover. Desde abril sería el cuarto o quinto día en que faltaba el repetitivo y penetrante chasquido de las gotas de lluvia al estrellarse contra el suelo.

Dio de nuevo la espalda a la ventana y dirigió la llama que sostenían sus manos al calendario colgado de la pared. En su portada, un radiante sol anunciaba el nombre de la compañía: Seguros El Sol del Llano. La onomástica del día, San Cayetano, y la fecha, siete de agosto de 1944. «Viernes», leyó antes de apagar la vela de un soplido y salir de la cocina.